

**SOBRE EL SUJETO Y LA POLÍTICA:
TANTEOS DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA
EN LA DERIVA DE LA MUNDIALIZACIÓN CAPITALISTA**
*On the Subject & Politics: tries of contemporary philosophy
in the drift of capitalist mundialization*

Claudia Yarza

UNCuyo, Argentina

Resumen

Contrariamente a lo pregonado por la objeción anti-totalizante de la filosofía posestructuralista de fines del siglo XX, el presente trabajo subraya como novedad el creciente rescate de la compleja categoría de modo de producción, como sucede con la proliferación del debate sobre imperio, imperialismo, globalización, mundialización y otras nociones similares, y el hecho de que se haya comenzado a leer los caracteres culturales y sociales teniendo en cuenta las alteraciones objetivas del orden económico. Esto supone haber superado el lema filosófico que presentaba el tema de la crisis de la razón moderna en términos celebratorios, y también el volver a dar carta de ciudadanía teórica tanto al lema de la totalidad objetiva como a la idea de una ontología del presente. En este marco, se comentan tres aproximaciones de la filosofía europea contemporánea de Giorgio Agamben, Alain Badiou y Paolo Virno, que suponen un renovado interés en dos de los ejes vedados para la filosofía previa: los temas de la política y del sujeto.

Palabras clave: sujeto – política – totalidad - filosofía contemporánea

Abstract

Contrary to what have been rejected by the anti-totalitarian philosophy of late twentieth century, the present work stresses as a novelty the increasing rescue of the category of mode of production, as it happened in the recent debate about Empire, Imperialism, Globalization and similar concepts, and the fact that it is the order of the day to read the cultural and social characters taking into account the objective alterations of the economic field. This means that we are about to overcome the philosophical slogan that presented the theme of the crisis in modern reason in laudatory terms, and also the back to give theoretical approval to both the motto of the objective totality and the idea of an ontology of the present. In this context, the work discusses three approximations done by the current European philosophies of Giorgio Agamben, Alain Badiou and Paolo Virno, which show a renewed interest in two of the key issues that were interdicted for the previous philosophy: politics and subject.

Keywords: subject – politics – totality - current philosophy

Hace unos veinte años se viene usando el término globalización para nombrar un aspecto importante de la experiencia social contemporánea, a mitad de camino entre la imagen de *aldea global* proyectada por los medios masivos de comunicación, y el dominio de un tipo de capitalismo basado en la transnacionalización de la economía. Sin embargo, la expresión supone ciertos supuestos no sólo descriptivos sino también ideológicos: además de aludir a las notables transformaciones económicas como la internacionalización y crecimiento de los mercados financieros, la preeminencia de las tecnologías de la información y los profundos cambios en la organización del trabajo, el lenguaje de la globalización parece sugerir cierta pacificación del mundo, como consecuencia del “mundo sin fronteras del libre mercado” y de la expansión integradora de los lenguajes y las redes. La caída del comunismo soviético habría favorecido, a su vez, la admisión de esta imagen post-histórica (por post-política), permitiendo que se predicara la existencia de una nueva burguesía transnacional o desnacionalizada, así como una confluencia de los capitales “globales” y el fin de la confrontación entre las potencias. De este esquema de supuestos también se predicaba la obsolescencia del propio Estado-nación, consecuencia natural de la tendencia a una globalización del mundo donde las empresas multinacionales y los organismos internacionales como el FMI (Fondo Monetario Internacional) o la OMC (Organización Mundial del Comercio), representan las instancias jurídicas de la competencia “limpia”, que reestructura mercados y remodela las funciones de los estados y de los bancos.

Esta serie de aserciones contiene, por así decirlo, fragmentos de verdades y de ahí su acierto mistificador¹; sin embargo, reúne fenómenos -ciertamente entrelazados en la experiencia social contemporánea- que son de muy distinto peso objetivo y valor explicativo. Por una parte, hubo un cambio del patrón económico de acumulación, que se relaciona con la liberalización monetaria y un anómalo desarrollo de los mercados financieros, fenómenos que acabaron

¹ Según James Petras, el término comenzó a circular a fines de los años 60 en revistas de negocios de EEUU porque había necesidad de que los lectores entendieran el fenómeno de las multinacionales invadiendo mercados pero sin el arrastre crítico de la palabra existente, “imperialismo”. Allí el concepto de globalización entró en la jerga periodística para describir el fenómeno de expansión de empresas norteamericanas, europeas y japonesas conquistando espacios económicos, y más tarde adquirió un barniz intelectual al relacionarlo con las nuevas tecnologías y su capacidad expansiva. (Petras, 2000:20).

convalidando a los EEUU como el centro de atracción del ahorro mundial. En estas mutaciones cobran relevancia nuevas mega-corporaciones industrial-financieras junto a los grandes bancos y otros muchos operadores del incierto y volátil mercado bursátil. Por otra parte, los instrumentos keynesianos que representaban barreras a la liberalización del capital y a la flexibilización del trabajo no quedaron indemnes; su desmantelamiento fue, incluso, una política “mundial” decisivamente impulsada por el FMI que intervino en el dictado de medidas gubernamentales abiertamente favorables a la concentración capitalista (los eufemísticos *ajuste, desregulación, apertura*).

Pero está claro que la procedencia de estas transformaciones no fue un resultado natural del acontecer (salvo, claro, para quienes las explican atendiendo únicamente a cierta idea de salto tecnológico o por la rigidez del modelo keynesiano), sino de una suma de contradicciones, tanto económicas como sociales. Quizás, como afirma Samir Amin, la crisis capitalista -a cuya estela nos enfrentamos aún- se haya producido como resultado de las propias energías desplegadas contra la dinámica polarizante que el capital lleva en su seno; en otras palabras, las regulaciones impuestas al capital tanto en los países centrales como en el Segundo y Tercer Mundo, fueron verdaderos proyectos sociales que lograron frenar la violencia inherente a estas economías, pero con resultados dispares (Amin, 2003:43). Políticas que fueron desde la negociación colectiva y la representación sindical hasta los sistemas de regulación nacional, modelos que incluían instancias de negociación internacional (como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) y proyectos nacionalistas o populistas que jugaron un fuerte papel durante varias décadas del siglo XX.

Siguiendo esta perspectiva, digamos que Estado benefactor (en países centrales), nacionalismo populista y radicalización antiimperialista (en las periferias), con sus inmensos desajustes, produjeron sin embargo formaciones precarias, incapaces de superar la dinámica polarizante y fragmentadora del capitalismo. De lo contrario no habría el tipo de mundialización que estamos padeciendo, cuyos rasgos reflejan el hecho de ser resultado de un reflujo de las fuerzas sociales, un desempate a favor de una nueva libertad (totalmente impolítica) para los capitales; el repliegue de la izquierda y de los sindicatos, y

del desarrollismo y la regulación a escala nacional, no son sino los síntomas de una pérdida de la capacidad de limitar y definir contenidos sociales del funcionamiento del mercado. Con una expresión a la vez expresiva y sintética, el italiano Paolo Virno se refiere a esta libertad conquistada por el gran capital después de los años '70 en términos de una "contrarrevolución" exitosa, esto es, no de una simple restauración del orden social resquebrajado por los nuevos conflictos, sino una *revolución a la inversa*, que relanza el mando capitalista aprovechando cierta capacidad de innovación de los modos de producir y de las relaciones sociales (Virno, 2003a:127).

Suele verse al período anterior como dotado de una gran estabilidad o solidez, aunque quizás no sea sino un mero recurso expresivo; como apunta David Harvey, acaso se haya tratado de un nudo de "rigideces recíprocas", que ataba "al gran capital, al gran gobierno y a la gran fuerza de trabajo a lo que cada vez más aparecía como una ligazón disfuncional de intereses creados que socavaba -más que aseguraba- la acumulación del capital" (Harvey, 1998:168). La aguda recesión de los '70, junto a la crisis del petróleo, puso en movimiento toda una serie de procesos que deterioraron el modelo y que hicieron posible el reajuste social y político posterior. Una reestructuración que sólo muy superficialmente puede ser vista como liderada por el desarrollo de las nuevas tecnologías o por el horizontalismo de las redes. Esa discursividad que trajo el neoliberalismo no es más que una serie de *slogans* contruidos con un lenguaje más o menos neoclásico y profundamente conservador, mientras que su eje está íntimamente relacionado con esta derrota de los proyectos sociales.

La visualización de la nueva totalidad en el discurso filosófico contemporáneo: globalización, imperio, imperialismo

Ahora bien, contrariamente a lo pregonado por la objeción anti-totalizante de la filosofía posestructuralista de fines del siglo XX, la novedad actual es que se ha rescatado la compleja categoría de modo de producción, y que se intenta "leer" los caracteres culturales y sociales teniendo en cuenta las alteraciones objetivas del orden económico¹. Por una parte, mientras se debate entre los

¹ Una excepción fue la temprana posición de Fredric Jameson, quien fue capaz de resistir el abandono de la crítica e intentó abarcar en un mismo expediente explicativo a los fenómenos

diagnósticos diferenciales que implican las categorías de Imperio (Hardt y Negri, 2002), imperialismo (Chesnais, 1999; Boron, 2002), neocolonialismo, mundialización y otras¹, se vuelve a dar carta de ciudadanía teórica tanto al lema de la totalidad objetiva como a la idea de una ontología del presente. Por otra parte, se reconoce la obsolescencia de un programa filosófico que presentaba el eje de la “crisis de la razón” pero que fue deslizándose hacia el fin de la teorización en sentido fuerte, y con ello postulaba *de facto* la liquidación de la propia *cuestión* filosófica. Quizás como afirmaba Perry Anderson, simplemente llegó la hora de percibir, asomándose por encima de ese frágil estrato de *yuppies* posmodernos crecidos al amparo de las finanzas especulativas y los sectores de servicios, a esos vastos dispositivos de la producción y el poder que son las corporaciones multinacionales, cuyas operaciones se entrecruzan a lo largo y ancho de la economía global y determinan representaciones en el imaginario colectivo (Anderson, 2000:78). Porque en lugar de vivir una condición plural y de respeto a las diferencias, en aproximadamente diez años – digamos en el lapso entre la edición de *La condición posmoderna* de Lyotard y la primera Guerra del Golfo– el mundo se cerraba en un universo mucho más gris y aterrador: el de la hegemonía planetaria del capitalismo multinacional. Con esto, toda una literatura filosófica que había pretendido sacar las conclusiones que se desprendían de los últimos filósofos modernos, muy pronto cayó bajo el peso de sus propios límites ideológicos, al hacer sucumbir al pensamiento en el mero regodeo estético y con una intrínseca debilidad, mientras pregonaba el apogeo de la sociedad “pluralista” de los medios de comunicación y el fin de la *violencia metafísica* del colonialismo y del imperialismo (Vattimo, 1990:77).

Lo que sucedió es que para que existiera un mercado realmente mundial, como ya lo decían los autores del *Manifiesto Comunista* en 1848, la burguesía tendría que “preparar crisis más extensas y más violentas y disminuir los riesgos de prevenirlas”. Por eso es un error, o una parcialidad, pensar que el núcleo del modelo económico sea la idea (horizontal y abierta) *del mercado*; en realidad, como su ley es la obtención de la ganancia, lo axial es la acumulación y la

intelectuales y a los económico-sociales en su ensayo *El posmodernismo como pauta cultural dominante del capitalismo tardío*.

¹ Véase cierta representación de este debate en, entre otros, Katz, 2001; Chesnais, 1999; Boron, 2002; Petras, 2000 y 2001; Amin, 2003.

polarización. Genera contradicciones y no puede no hacerlo; sin las oposiciones capital/trabajo y centro/periferia¹, la expresión “mercado mundial” funciona como una falsa premisa en la tesis de la globalización, proyecta una imagen de ésta similar a un mundo mercantil-pacificado —visión neoliberal que dice que eliminando las interferencias estatales se mejora la distribución de recursos—. Como dice Samir Amin: no hay desregulación de los mercados, sino que “los mercados llamados “desregulados” son mercados regulados por los poderes de los monopolios que se sitúan más allá del mercado” (Amin, 2003:11).

Este comportamiento fracturante, inherente a la mundialización capitalista, fue pensado en la tradición leninista con el término “imperialismo”, que recogía la idea de la confrontación entre Estados-potencias. Sin embargo, hoy en día la mundialización (en su acepción “globalista”) es vista como una interdependencia que incluso inhibe la conflagración imperialista². Volveremos sobre esto.

Ahora bien, en este mercado mundial, ¿cuánto es lo internacionalizado? ¿Todas las mercancías se producen y circulan libremente? Hay quienes afirman que el único *mundial* es el mercado de divisas, que si no fuese por los mercados financieros no hablaríamos de la globalización como de un fenómeno novedoso (Arrighi, 1998). En esta línea, si se compara el volumen de las transacciones comerciales o de la inversión extranjera directa con el volumen de los negocios financieros, se ve que ésta última es mucho mayor, lo que ha hecho decir que estamos en una economía “especulativa”, “de casino”, desconectada de la “economía real”, etc.

Dicho esto, hay que reconocer que también hay una internacionalización productiva, y un índice de ello es la formidable gravitación de las “empresas transnacionales” (ET), “multinacionales” o “empresas de producción mundial” en la reestructuración de la división internacional del trabajo. Estas empresas se benefician descomponiendo el proceso productivo: localizan las actividades calificadas en los países avanzados y el trabajo en serie en las periferias; su éxito

¹ Incluso cabe destacar que la denominada “teoría de la dependencia” da una interpretación precisa de la constitución del mercado mundial a partir de la conquista y la colonización de América por los europeos, como lo han desarrollado Gunder Frank y Enrique Dussel, entre otros.

² Eso parecen concluir Toni Negri y M. Hardt en su celebrada obra *Imperio*: para ellos se está más allá del imperialismo porque “hay” mercado mundial, porque el comando de ese mercado ya no asienta en ninguna hegemonía política en el sentido tradicional.

proviene de un salto en el grado de concentración y centralización del capital, y de las alianzas y fusiones entre empresas (que actúan como socios en algunos terrenos y como enemigos en otros). Al mismo tiempo, aprovechan el avance informático, la desregulación bancaria y monetaria, y la adaptación de la legislación comercial de cada país, para abaratar transacciones y movimientos intra-firmas. Poseen cada vez más instrumentos para presionar los mercados de trabajo, relocalizar actividades productivas y usufructuar desigualdades salariales, e incrementar sus ganancias. En fin, aún cuando toda esta discusión parezca algo técnica, sin embargo en ella se juegan algunos argumentos importantes tanto del discurso “globalista” como del discurso crítico y de las alternativas políticas: por ej., sobre la obsolescencia del Estado-nación, o sobre la dicotomía entre “capital productivo” (sano) y “capital especulativo” (parásito), etc. Afirmar que las ET son centrales en la actual mundialización no significa afirmar el ocaso del Estado: es ya evidente que ellas refuerzan las posiciones dominantes de los países más avanzados (también dejan regiones completas en posiciones totalmente debilitadas dentro del comercio, la producción y el intercambio mundial). Estas empresas no podrían sobrevivir sin la mano (visible) de sus Estados “madres”, que intervienen constantemente para administrar la crisis y conseguir ventajas en la conquista de mercados extranjeros y en la protección de mercados locales, como se ha visto en la última crisis financiera mundial (Wood, 2001:81).

La conclusión de todo lo antedicho es que ha cambiado la condición material sobre la que se asienta la vida social y política. Y tal condición consiste en una serie de procesos entrelazados que hablan de la emergencia de una nueva totalidad: un sistema capitalista mundializado, un imperialismo colectivo que comprende a países tradicionalmente imperialistas como los de Europa, Japón y los EEUU, que poseen un proyecto ultrarreaccionario en el sentido pleno del término, esto es, pretenden volver a formas anteriores de la división internacional del trabajo -el proyecto de un “*apartheid* a escala mundial” (Amin, 2003). Políticamente, este proyecto genera y promete la mayor de las inestabilidades entre los países dominantes y los dominados, la multiplicación de los conflictos, y acarrea más y más militarización para la “gestión” del sistema mundial. En su constitución, son los EEUU quienes tienen la hegemonía de este imperialismo; no hay otro proyecto que apunte a limitar el

espacio sometido al control de los EEUU; probablemente ello no sea así por razones económicas, sino simplemente políticas, y antes que nada, militares (dice Alain Badiou: “en los hechos... sólo existe el ejército estadounidense”). No hay “mercado mundial” sin imperio militar estadounidense, cosa que no es un secreto sino una declaración oficial, y que los intelectuales del norte raramente se sienten obligados a mencionar.

Entonces, la mundialización/globalización es una estrategia que apunta a asegurar el control tanto sobre el *gobierno económico del mundo* garantizado por instituciones –como la OMC- que son de apariencia internacional pero manejadas por EEUU, como sobre el *gobierno político y militar del mundo*. Europa y Japón, siguiendo a Amin, no tienen el poder suficiente para competir en estas ambiciones con los EEUU, y sí tienen conciencia de la índole común de sus intereses fundamentales, que son los del capital dominante.

¿Estamos en una nueva era? A nivel de la cultura, se pueden señalar continuos cambios y transformaciones; pero antes que explicarlos desde la variación en los estilos y lenguajes, lo central es que ha cambiado la *función social* de los bienes culturales: éstos se han convertido, finalmente, en mercancías (Jameson, 1992). No sería sino el verdadero “cumplimiento” del capitalismo, el hecho de que vivimos el momento más “puro” de éste, cuando ya no existe ningún terreno que no haya sido mercantilizado (ni espacial ni subjetivo). De ahí vendría el llamado fin de las vanguardias (primero las estéticas, cuyo fin sería el inicio del posmodernismo, luego también el de las intelectuales y políticas) que sostenían la crítica cultural al sistema (en cambio, hoy carecemos de un punto de apoyo “objetivo” para la crítica: no hay un afuera del capital). El actual “populismo estético” que adhiere acríticamente a las coordenadas simbólicas del sistema sólo puede “describir” el rostro “posmoderno” de las sociedades de este capitalismo tardío, en cuya *constitución material* los elementos de esta revolución tecnológica asumen ciertamente un lugar central.

Quizás por todo ello exista una tentación de nombrar esta nueva totalidad constituida por las redes tecnológicas, mediáticas y financieras y su impacto social (la red, la sociedad-red, etc.). Los cambios en la constitución del mundo del trabajo también colaboraron en forjar esta imagen. Si ya desde los años '80

se podía percibir que el crecimiento de la economía de servicios o del *tercer sector* era mayor que el de la industria, también hicieron lo suyo las nuevas formas de organización del trabajo. Pensemos en el enorme impacto subjetivo-identitario que supone el hecho de que desaparezca, en la vida concreta, la idea de una sociedad con pleno empleo y empleo estable, o el que se diluya en un sinfín de puestos transitorios, precarios, flexibles, polifuncionales, y en su lugar crezca la caída del salario real y un desempleo abierto, creciente, estructural. Se quebró así la representación de unos sujetos y unas prácticas que habían gozado en el imaginario social de una gran solidez, previsibilidad y legitimidad (lo que Robert Castel denomina la “sociedad salarial”) (Castel, 1997). Sin embargo, quizás se exageren las posibilidades del “trabajo inmaterial” posfordista (en el libro *Imperio*, publicado a fines del 2001, se enfatiza la articulación entre los caracteres posmodernos de la nueva fuerza laboral con las capacidades flexibles, información, afecto, comunicación, pero sin percibir que tales características pueden darse a fuerza de una sobreexplotación del trabajo, de una extorsión mayor sobre los trabajadores, ya que ahora se les exige una implicación subjetiva mucho mayor con sus tareas, que en el modelo anterior).

La constitución de una nueva agenda en la filosofía contemporánea

El discurso neoliberal instaló como verdadera una cuestión puramente ideológica: hizo aparecer la maximización de los beneficios privados como *la* estrategia racional que, por cierto, no asienta en compromisos ni solidaridades colectivas. Su “marco teórico” era la imagen del mercado autorregulado, para imponer la idea de que la mejor manera de gestionar la economía era despolitizándola, pero también de que es beneficioso despolitizar la entera vida social. En otras palabras, hacer aparecer a la política como prescindible en un mundo cuya complejidad prohíbe la intervención pública eficaz porque, precisamente, el orden social es un resultado no intencional, un ajuste espontáneo entre las preferencias individuales.

Con respecto al Estado, es cierto que en el contexto actual posee menores márgenes de decisión sobre las políticas públicas (o mejor sería decir que, al fortalecerse su complicidad con los propósitos antisociales del capital, se retira

de las funciones “paliativas”, y eso le hace ver como más débil frente a aquellos intereses). Lo mismo puede decirse de la esfera democrática, reducida cada vez más a un mecanismo periódico de legitimación de los gobiernos, y desplegada en un escenario sólo muy débilmente definido por lo social. Y ambos fenómenos contra el cuadro de un aumento de la desigualdad y la exclusión de vastos sectores de la población (sobre todo en los países del capitalismo periférico), lo que indica una retracción aberrante de la condición de ciudadanía que se ofrece a las “mayorías silenciosas”.

Parece una retirada de la política, es cierto, pero también puede decirse que estos fenómenos alientan una especie de “repolitización” autoritaria (no se legitima a partir de la deliberación en el espacio público ni por el apoyo popular) ejercida por agentes sub-estatales o para-políticos (FMI, BM, OMC...), decisivos en la implantación de ajustes y demás recetas neoliberales en las periferias, políticas económicas que han profundizado el grado de concentración de la propiedad, la fragmentación y la exclusión social hasta niveles socialmente insostenibles. Pero la falta de legitimidad, sumada al incremento de la conflictividad social, son inequívocos signos de una crisis política de largo alcance: también por debajo de la política, por debajo de las organizaciones multilaterales, las mafias y corporaciones intervienen y colaboran en instalar la sensación de que “gobernar” va teniendo un significado cada vez más privado.

¿Se apropia la filosofía contemporánea de estas realidades? De la vasta producción teórica actual, nos interesa destacar que luego de los debates e *impasses* de las décadas previas, se está manifestando cada vez más claramente que estamos ante una crisis del modelo de civilización que afecta a las futuras generaciones de manera alarmante. En este marco rescatamos la actual insistencia de dos temas íntimamente relacionados con esta percepción de la derrota y del peligro: la política y el sujeto.

Foucault había señalado, ya desde *Vigilar y castigar*, la oscura reciprocidad que hay entre el reconocimiento del derecho y esos poderes minúsculos e invisibles del disciplinamiento social... Ambas formas de poder, aunque heterogéneas –Foucault no pretende que haya una “astucia de la razón” que las explique– están superpuestas en la sociedad burguesa: en la superficie, la condición jurídica del ciudadano, el derecho; por debajo, una serie de

coacciones que aseguran en la práctica la sumisión de las fuerzas y los cuerpos. En sus últimas obras, Foucault sugiere que ya habría un pasaje de estas sociedades disciplinarias a otra forma más compleja y abierta, que explica cómo el contexto “biopolítico” es puesto progresivamente al servicio de una “gubernamentalidad” de las poblaciones que es funcional a la acumulación capitalista: una gestión de la vida, una administración y distribución de lo viviente, un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos (Foucault, 1984 y 2006).

Recientemente, el filósofo italiano Giorgio Agamben ha vuelto sobre los pasos de Foucault para abordar la creciente percepción de que el estado de derecho puede acercarse problemáticamente al “estado de excepción”, mientras que la criminalización de toda disidencia, acompañada de la admonición moral, reemplaza la hostilidad pública y reinstalan el concepto de “guerra justa” (Agamben, 2003 y 2001). Agamben registra que actualmente el estado de excepción ocupa cada vez más el primer plano en nuestro tiempo y tiende a convertirse –como ya lo anticipaba Benjamin– en regla, situación que se relaciona a su vez con el hecho de que la política misma parece sufrir hoy un eclipse duradero, y que las categorías sobre las que se fundó en la modernidad (privado/público, derecha/izquierda, absolutismo/democracia, etc.) se han ido difuminando hasta entrar en una auténtica zona de indiferenciación.

Para el italiano, tales reciprocidades entre el poder y las técnicas “policiales” con que el Estado integra el cuidado de la vida natural de los individuos señalan inequívocamente, en una medida desconocida, a una política “totalitaria”. Un hilo conductor para seguir esta deriva con Agamben es el análisis del *campo de concentración*. En el régimen nazi, los campos de concentración se confiaron siempre a las SS (especie de cuerpo de policía especial) y nunca tuvieron relación con el derecho penal ni con el sistema penitenciario. Estos campos se convirtieron en una realidad permanente; por eso puede decirse que su propia existencia posee un estatuto que quiebra la separación entre lo normal y lo excepcional: es una porción de territorio que está fuera del ordenamiento jurídico normal, pero no es un espacio “externo”. Para Agamben, se inaugura así un paradigma político-jurídico en el que cualquier pregunta sobre la legalidad o ilegalidad carece de sentido, y en el que, por ende, “todo es posible”. Paradigma

en el que sus habitantes pueden ser reducidos íntegramente a “nuda vida”, a vida desnuda, espacio biopolítico por excelencia donde el ciudadano se convierte en *homo sacer*: aquél que puede ser asesinado sin que se cometa homicidio y cuya muerte, por esa misma razón, no tiene valor alguno¹.

No cuesta nada pensar que precisamente esa es la estructura que hizo su aparición durante la dictadura militar que arrancó en Argentina en 1976; igualmente, es la que opera en el trato que el gobierno estadounidense establece con los detenidos como terroristas, a quienes encierra en campos en Irak, Afganistán o Guantánamo. Detenidos indefinidamente, sin cargos, sin juicio, sin derecho a consejo legal, sin el escrutinio de abogados y jueces, sujetos a humillaciones y vejaciones... No son prisioneros de guerra; recientemente se acuñó la expresión de “combatientes ilegales” para sustraerle al Estado de las obligaciones para con cualquier criminal o prisionero, y así tener en sus manos, sin restricción alguna, la libertad y la vida de los detenidos.

Figuras actuales menos escandalosas pero ciertas y constantes de *homines sacri* esto es, de la disociación entre la ciudadanía política y una mera vida biológica despojada de todo valor político, son los refugiados². La separación entre lo “humanitario” y lo político, que alcanza hoy extremos inusitados como los vistos en Sarajevo, Kosovo, Palestina, Irak y Afganistán, consagra el tratamiento que sobre esa *nuda vida* pueden ejercer los poderes globales: precisamente, da la legitimación suficiente a un nuevo “derecho de intervención” en nombre de cualquier tipo de emergencia y principio ético supuestamente superiores.

En la propia noción de “guerra contra el terrorismo” que se ha establecido en el horizonte internacional desde el año 2001, está inscrito todo este paradigma: una extraña guerra en la que se criminaliza al enemigo si éste se defiende y responde a la violencia (como en el caso típico de la Intifada Palestina), y cuya acción requiere una intervención “pacifista humanitaria” por parte de las potencias occidentales. Para dar una idea de lo lejos que estamos de las guerras

¹ El *homo sacer* es una figura del derecho romano arcaico, que designa a la persona que puede ser asesinada con impunidad pero que no puede ser admitida como víctima consagrada o como parte de algún tipo de ritual: la violencia contra él no significa sacrilegio alguno (Agamben 2003: 93).

² “...En cuanto quebranta la vieja trinidad Estado-nación-territorio, el refugiado –esta figura aparentemente marginal– merece ser considerado como la figura central de nuestra historia política” (Agamben 2001).

entre Estados, “ni siquiera es posible imaginarse a una organización como la Cruz Roja mediando entre las partes en conflicto, organizando un intercambio de prisioneros, etc., porque una de las partes en conflicto (la fuerza global liderada por EEUU) ya ha asumido el papel de la Cruz Roja, en el sentido de que no se percibe a si mismo como uno de los dos bandos en guerra, sino como agente mediador de la paz y el orden global, aplastando rebeliones y simultáneamente ofreciendo ayuda a la ‘población local’” (Žižek, 2002). En un mismo movimiento, la misma realidad y el mismo poder pueden mostrar su rostro humano y su rostro inhumano: como espetaba sarcásticamente Žižek al comienzo de la guerra contra Afganistán: “Quizás la imagen definitiva de la población local como *homo sacer* sea la de un avión de guerra norteamericano sobrevolando Afganistán: es imposible saber si va a tirar una bomba o un paquete de comida” (*ibídem*).

Precisamente a partir del 11 de setiembre del 2001 se dan cita todas estas inversiones de los significados: el paradigma de la guerra es la intervención policial o la simple venganza, montada sobre un discurso absolutamente vacío y autorreferencial, pero que impone a sangre y fuego su poder. Más precisamente, su poder de rapiña sobre las reservas petroleras de Medio Oriente, Balcanes, Asia Central y el Golfo, pero que al venir validado detrás de la excusa de la “guerra contra el terrorismo”, es decir, una excusa absolutamente inconsistente, puede asumir múltiples significados y acarrear “inercias innumerables”, como afirma Alain Badiou (Badiou, 2004).

Este filósofo francés delinea su diagnóstico sobre la escena contemporánea conceptualizándola en términos de *dos clases de nihilismo*, que se entrecruzan y al mismo tiempo se enfrentan: uno, el “nihilismo de la igualdad virtual” es coextensivo al fetichismo del capital, que mientras ensalza la democracia, amplía la desigualdad y convierte a los ciudadanos reales en lo más alejado del *demos* y la ciudadanía. Pero sigue proclamándose reino de la igualdad, porque se trata de la igualdad formal frente a la mercancía; frente a ésta, todos los significados se diluyen o retroceden, las identidades, las pertenencias sociales, es el verdadero nihilismo: la nada que avanza. El otro nihilismo es el cinismo del poder que se absolutiza, la corrupción, la brutalidad imperial, una escalada de violencia sin derecho y sin proyecto, y que con justeza aúna tanto a Bush como a

Bin Laden, los talibán, Saddam Hussein: juegos nihilistas del poder sin finalidad y sin verdad. Finalmente, ¿qué otra hegemonía conviene tanto a estos nihilismos como la estadounidense? Ella tiene todos los condimentos: se ha apropiado del poder del dinero, se enorgullece del desprecio hacia los demás pueblos, de la arrogancia, y todo con una pizca de religiosidad demagógica y un lenguaje moralizante sobre el bien y el mal, etc.

La filosofía tiene que acreditarse como un poder crítico frente a estas maniobras, sobre todo no tiene que permitirse la distracción de quedar enmarañada en sus manejos, debe sustraerse a las fascinaciones de ese discurso propagandístico, revisando y criticando su inconsistencia, y postulando como verdadera libertad e independencia la resistencia contra su dominio.

Y con ello pasamos al otro pilar de las interrogaciones contemporáneas que nos parecen vitales: el problema del sujeto. Luego de todas las críticas, sobre todo desde Nietzsche y el psicoanálisis, pasando por estructuralismo y postestructuralistas, parece que es menester dar vuelta la página a la mentada “muerte del sujeto”, sobre todo si se tiene en cuenta que no hay política ni resistencia sin sujeto. Dice Alain Badiou: “El deber de la filosofía es claro: reconstituir racionalmente la reserva de infinitud afirmativa que todo proyecto liberador exige”... Semejante tarea requiere pensar de otro modo al sujeto del pensamiento y de la acción.

Paolo Virno ha hecho una exploración sobre la subjetividad contemporánea, llamando la atención sobre elementos como la precariedad, la incertidumbre, la fragilidad en la que se socializan los sujetos contemporáneos. Para él la inestabilidad crónica en que se desenvuelve la vida y el trabajo actual conduce a un análisis de la subjetividad muy diferente a la que antaño se apelaba con los términos de *pueblo* o *clase*. En ese marco emerge la categoría de “multitud”, como una categoría que por una parte, caracteriza mejor esa no-unidad, esa fragmentación política que aqueja a los fenómenos políticos (crisis de la representación, crisis de los partidos políticos, desmovilización, etc.). Pero por otro lado, la multitud también le permite a Virno relacionar aristas políticas o anti-políticas con el mundo laboral y con los requisitos de los puestos de trabajo flexibles del posfordismo actual (Virno, 2003b).


"La multitud es la pluralidad que persiste como tal en la escena pública" (Virno, 2003b:11); en la multitud uno no desaparece, no se funde en el Uno (pueblo) sino que permanece siendo singular; multitud son los muchos en tanto que muchos. Esta cualidad es importante para una teoría política contemporánea, subraya Virno, dado que alimenta la posibilidad de una política que no sucumba a la trampa de la representación y la instrumentalización en las instituciones de la democracia burguesa, formal. Su delimitación de la multitud, además de dar nuevos bríos a la teoría política, se vio como una útil herramienta conceptual para pensar los nuevos fenómenos políticos como el *movimiento anti-globalización*, los cacerolazos de Buenos Aires, las asambleas y fábricas recuperadas, etc.

Otro aspecto de su exploración de la multitud contemporánea es su discusión de la categoría de individuo. Virno tiene en cuenta los estudios de Benjamin sobre la estetización de la política en el fascismo de masas, e incluso su idea del proletariado como Mesías que rompe el tiempo histórico: no es entre individuos-átomos que puede reclutarse ese sujeto. Frente al liberalismo, para Virno el singular no es un dato ni un átomo de lo social, sino el resultado del proceso de individuación: es un éxito, un punto de llegada. Individuos somos luego de una diferenciación progresiva, que arranca en lo universal genérico, en lo preindividual que nace en la sensibilidad, pasa por la lengua compartida, y pasa, sobre todo, por las relaciones sociales. Los individuos contemporáneos llevan también a sus espaldas esta realidad, son el fruto del pasaje del simple poder-decir a una enunciación particular "propia", y el pasaje desde el "intelecto general", objetivo, extrínseco, al sujeto individuado y singular.

En realidad, "sujeto" es ya la trama de lo preindividual y lo individuado: "Sería un gran error identificar al sujeto con una de sus partes, aquella singularizada. Es, por el contrario, un compuesto: 'yo' pero también 'se'" (Virno, 2003b:80). Por último, la participación en un colectivo, la experiencia de la vida de grupo, no niega lo singular: al contrario, es el terreno de una individuación más radical.

Virno decididamente propugna abandonar el desprecio que históricamente la izquierda ha mostrado por esas manifestaciones anárquicas (marginales a la protesta social organizada), a las que el italiano invoca específicamente con la

categoría de multitud: en ésta, los singulares no confluyen en el pueblo, polaridad refleja del Estado, y en cambio se comportan a tono con cierta consigna de éxodo o desobediencia civil (Virno, 2003a:68s). Sin embargo, en Virno hay cierta mayor conciencia de las ambigüedades que provee esta aproximación, si lo medimos en relación con la obra de Toni Negri (Bensaïd, 2005); el cinismo, el oportunismo, el nihilismo... son características que cualifican tanto a los puestos de trabajo como a las "tonalidades emotivas" de la multitud. Y por ello la masa-multitud, puede ser también el lugar de nuevas formas de "fascismo posmoderno" ya que la producción, al no ofrecer una identidad, se proyecta sobre cualquier aspecto de la experiencia, sometiendo entonces las competencias lingüísticas, las inclinaciones éticas, los matices de la subjetividad (Virno, 2003a). Este neofascismo no viene de arriba, sino de las propias formas de vida, de los comportamientos colectivos, de los eventuales "contra-poderes" populares; puede convertirse en el modo en que las clases subalternas exorcizan su dominación o, por el contrario, confirmen su propio carácter subalterno...

Frente a esos mega-sujetos que son las corporaciones privadas, esos *Leviatanes* (Boron, 2000) que no se legitiman políticamente, que ejercen el poder sin asumir responsabilidades políticas, cuya acción provoca efectos devastadores en términos de masiva mortandad, agotamiento de recursos, despilfarro y guerra... frente a ello nos parece pertinente articular esta preocupación por la contracción de la política, por el incremento del sentimiento de impotencia colectiva, por la merma de nuestra imaginación utópica. Situación que es sólo neutralizable con más política: esa acción que vuelve a instalar al sujeto humano y sus necesidades como centro. 

Referencias bibliográficas

AGAMBEN, Giorgio (2001), "Más allá de los derechos del hombre", en *Webislam*, Número 136, 27 de agosto de 2001 (www.webislam.com).

- ____ (2003), *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- AMIN, Samir (2003), *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*. Buenos Aires: Paidós.
- ANDERSON, Perry (2000), *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona: Anagrama.
- ARRIGHI, Giovanni (1998), "La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital." Rev. *Iniciativa Socialista*. N° 48, marzo 1998, Valencia (<http://www.inisoc.org>)
- BADIOU, Alain (2004), *Circunstancias*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- BENSAÏD, Daniel (2005), "Multitudes ventrílocuas (A propósito de *Multitud*, de Hardt y Negri)", Revista *Herramienta*, N° 28, Buenos Aires, 2005, pp. 97-112.
- BORON, Atilio (2000), *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: FCE.
- ____ (2002), *Imperio & Imperialismo*. Buenos Aires: Clacso.
- CASTEL, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CHESNAIS, François (1999), "Actualizar la noción de imperialismo para comprender la crisis en curso", *Herramienta*, Buenos Aires, Antídoto, N°9, 1999;
- FOUCAULT, Michel (1984), *Historia de la sexualidad. 1: La voluntad de saber*. 10ªed. Siglo XXI.
- ____ (2006), *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires, FCE.
- HARDT, Michael y NEGRI, Toni (2002), *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- HARVEY, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- JAMESON, Fredric (1992), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Buenos Aires: Paidós.
- KATZ, Claudio (2001), "Desequilibrios y antagonismos de la mundialización", *Realidad Económica*, Buenos Aires, IADE, N° 178, febrero-marzo 2001, pp. 90-121;
- LYOTARD, Jean-François (1989), *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Buenos Aires: Aique-REI.
- PETRAS, James (2000), "La centralidad del Estado en el mundo contemporáneo", *Espai Marx*, Barcelona;
- ____ (2000), *Globaloney (la globalización de la tontería)*. Buenos Aires: Antídoto.
- ____ (2001), "Imperio con Imperialismo", *Rebelión*, 7 de noviembre de 2001 [disponible en URL: www.rebelion.org],
- VATTIMO, Gianni (1990). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, ICE-UAB.
- VIRNO, Paolo (2003 a), "Do you remember counterrevolution?", en *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto*. Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 127-153.
- ____ (2003 b), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue.

WOOD, Ellen Meiksins (2001), "Trabajo, clase y estado en el capitalismo global", en José Seoane, Emilio Taddei (comps), *Resistencias mundiales (de Seattle a Porto Alegre)*. Buenos Aires, Clacso.

ŽIŽEK, Slavoj (2002), "¿Estamos en guerra? ¿Tenemos un enemigo?", texto publicado en *The London Review of Books*, vol. 24, núm. 10, 23 de mayo de 2002. Título original "Are we in a war? Do we have an enemy?" Traducción: CSCAweb (www.nodo50.org/cscs), 6-06-02.



Claudia Yarza es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo; Magister en Ciencias Sociales por FLACSO, docente e investigadora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo, Mendoza, Argentina, en temas de ética y filosofía política contemporánea.